

LA TINTA SIEMPRE VERDE

AITANA ALBERTI LEÓN

(Apuntes para un libro de memorias)

La realidad es un tiempo
que se imagina a sí mismo...
tratos de la memoria con su olvido...
Juan Gelman

Primer apunte

Abres los ojos al amanecer y sales al jardín, seguida por la inquietud vigilante de “Fridakhalo”, que pertenece a la raza de la fidelidad. Bajo las frondas del limonero y el naranjo, sembrados a tu llegada a Cuba hace casi tres décadas, orquídeas, platicerios, helechos, curujeyes, y otras plantas tropicales sin nombre respiran tenuemente. Tu jardín es tu descanso. Tu pequeñísimo jardín, al borde de una avenida con paseo central como aquel otro, el primero que tuviste en la lejanía del sur, hasta que un gobierno municipal cualquiera decidiera dar paso al progreso ensanchando la calle. Entonces desapareció el paseo de la infancia, y las enormes tipas de troncos negros y florecitas amarillas se convirtieron en un doloroso punto de referencia en el espacio de la memoria inicial, el más intenso porque de él parten todos los caminos.

La Quinta Avenida habanera, con sus palmas barrigonas y sus bancos de piedra, propicia regresos al pasado remoto. Pleamar, mi casa, es el título del primer libro escrito por mi padre en la Argentina –al abrirlo, en él encontraréis mi nombre de recién nacida “hija de los desastres”– y he bautizado de igual modo una “editorial” casera, de ejemplares únicos hechos a mano por mí con papeles raros, flores secas, piedras, conchas y arena, recogidos en los viajes a lugares, especiales por las gentes que los habitaron o por el prestigio alcanzado en la geografía íntima que cada cual se va inventando con el paso del tiempo. Así conviven la arena gruesa y oscura de Isla Negra, la fina arena grisácea de la bahía gaditana y la blanquísima, casi impalpable, de Varadero, con las hojas de un álamo que a Falla le recordaría en Alta Gracia los chopos machadianos y, pongamos por caso, una

piedrecita verde del lago paraguayo de Ipacarái con fresias multicolores del bonaerense parque de Palermo, donde solía andar en bicicleta con Gorita y Tónica¹, las tres hijas del exilio, conscientes de que aquel parque hubiera debido ser el del Retiro, en el corazón de una ciudad desconocida pero nuestra por contada y recontada, sin río inmenso ni puerto con barcos de mil banderas.

En el Retiro vería, o lo había visto ya aguándole los ojos muy azules a la abuela doña Oliva², el último sol del otoño incendiar las vidrieras de un palacio de fábula oriental, y en el estanque inmóvil cabecear las barquitas de paseo apiñadas en la orilla, como gansos salvajes descansando de una larguísima travesía migratoria. Ciudad recogida, a la medida del hombre –decía mamá–; no esta infinitud de calles y más calles devoradoras de la pampa con tanto furor, que cuando los trenes finalmente irrumpen en la llanura cubiertos de hollín, lo hacen con la solemne lentitud de fatigadas reliquias decimonónicas. Ciudad valiente aquella, insistía mamá, en los años de la guerra civil. ¡Qué felices fuimos entonces! Y nosotras veíamos brillar los ojos de quienes así nos hablaban cada día, porque es difícil no mencionar el paraíso cuando se ha perdido. ¿Una guerra el paraíso? Ah, mamá, cuando leí tu *Memoria de la melancolía*³ comprendí tantas cosas, incluso aquella extraña afirmación de que podía hallarse algo parecido a la felicidad en medio de las bombas.

Es curioso. Nunca hasta hace poco pensé que el despeinado jardinillo de la calle Las Heras⁴ ocuparía de pronto un lugar tan importante en esta historia. Debería decir más bien en el fin de esta historia, en esa “coda” o estrambote en que se convierte la vida luego de los sesenta, cuando los muertos queridos se agolpan en los desvanes del sueño y en el espejo el rostro tierno y cansado de tu madre va irremisiblemente posesionándose del tuyo.

Punta del Este y su mar, los largos veraneos uruguayos, resplandecieron siempre como la imborrable metáfora de la niñez. El ojo vigilante del faro, los

¹ María Carmen y Antonia, hijas del pintor y escenógrafo Gori Muñoz (Valencia - Buenos Aires, 19..) y de María Carmen García Antón (Madrid, 1913 - Buenos Aires, 2008), actriz de La Barraca lorquiana. Dotada de una memoria prodigiosa, a muy avanzada edad, firmando Carmen Antón, recoge sus recuerdos en una maravillosa autobiografía: *Visto al pasar. República, guerra y exilio*. Edicions do Castro, Sada, A Coruña, 2002.

² María Oliva Goyri de La Llera, Burgos, 1877-Madrid, 19..

³ *Memoria de la melancolía*. Losada, Buenos Aires, 1970. Laia, Barcelona, 1977. Bruguera, Barcelona, 1979 y 1982. Círculo de Lectores, Barcelona, 1979 y 1987. Castalia, Madrid, 1999. Galaxia Gutemberg, Barcelona, 1999. Casa Editora Abril, La Habana, 2001.

⁴ Vivimos en esta casa de dos plantas, Las Heras 3783, entre Canning (actual Scalabrini Ortiz) y Ugarteche de 1943 a 1957. Poco después fue demolida. El piso superior lo ocupaba el Dr. Font, su propietario.

lobitos marinos, la Playa Mansa, la inaccesible Playa Brava, el misterio de la Isla Gorriti y de la Isla de Lobos; La Gallarda⁵ —nuestra hermosa casa entre los pinos—, mi amiga Annette Ugalde (que sigue siéndolo ahora, con la misma intensidad de entonces), los solitarios bosques y las dunas... Un escenario difícil de superar. Y sin embargo, he aquí que este mínimo jardín de Pleamar me trae a diario los pasos perdidos por la niña que fui allá lejos, en la cerrada umbría de su émulo porteño.

Sentada bajo el ramaje perfumado del limonero cierro los ojos. Voces me llegan no sé dónde. ¿Son sombras que regresan o es que a mis años el pasado es más presente que el presente y el presente un sueño por venir?

Segundo apunte

“María Teresa León, esa bellísima mujer, de una energía extraordinaria, que ha puesto toda la fuerza de su inteligencia al servicio de la causa republicana”⁶. Con tan breves y certeras palabras Alejo Carpentier sintetiza la impresión que le causara mi madre —a quien había conocido en París—, al volverla a ver en la piel de toro acosada por las bombas fascistas.

Elegancia física y espiritual. Belleza exterior e interior. Inteligencia superior entregada a una causa que la absorbió por entero. Esta cita del escritor cubano, cuya amistad con los Alberti León duraría hasta la cruz de la muerte, refleja en su condensación suprema idéntico sentimiento de amorosa admiración, de asombro y casi de veneración que experimenté cuando pude separarla de mí estirando los brazos y finalmente contemplarla con cierto distanciamiento. Entonces, descubrir la elegancia, la belleza, la espiritualidad, la escritora estupenda, y al mismo tiempo tomar conciencia de la felicidad de una infancia tersa, limpia, entre Buenos Aires y Punta del Este; de una adolescencia protegida que tuvo su natural punto de rebeldía; de una complicidad con mi padre que a veces introducía una sombra en el verde de sus ojos... ¡Cuánto hacemos sufrir a las madres! Algo más o menos así escribió María Teresa León refiriéndose a la suya, aquella Doña Oliva Goyri

⁵ Situada en la calle A. Lincoln, en el barrio de Cantegril, Punta del Este (Uruguay), fue diseñada por el gran arquitecto catalán Antoni Bonet en 1945. Véase la tesis de Joan Carles Fogo Vila: *La arquitectura en la literatura de la generación del 27: acerca de la obra de Rafael Alberti (casas, ciudades y paisajes perdidos)*. Departament de Composició Arquitectònica. Universitat Politècnica de Catalunya.

⁶ *España bajo las bombas*, II, serie de cuatro artículos: Revista *Carteles*, La Habana, 12 y 26 de septiembre-10 y 31 de octubre, 1937. Narra Carpentier en su segundo artículo que el reencuentro con mis padres tuvo lugar en Valencia, el día inicial del II Congreso en Defensa de la Cultura. El futuro Premio Cervantes formaba parte de la delegación cubana, integrada, además, por Juan Marinello, Félix Pita Rodríguez y Nicolás Guillén.

burgalesa que con más de setenta años tomó por primera vez en su vida un avión para conocer a su nieta americana. Yo advertí lo excepcional del ser que me había traído a la tierra desde “algún lugar del cosmos”, como ella solía decir, riendo, cuando abrí el entendimiento a una madurez difícil y trashumante. Antes, mi madre había sido una presencia imprescindible, y la seguridad de saberla ahí, sin desmayo, a nuestro lado siempre, solucionando todos los problemas, dulcificando todos los sinsabores, paradójicamente algo le restaba a su imagen. No era lo inesperado sorprendente, era lo conocido, lo habitual, lo rutinario. Lo extraordinario de su presencia, de su sacrificio, de su trabajo incesante, de su dedicación extrema a nosotros dos, Aitana y Rafael, se diluía en lo normal, en lo que se esperaba de ella. Una entereza, una solidaridad de hierro con los necesitados, una firmeza de carácter poco común, su visión precursora de la liberación del sexo femenino en una España que apenas despertaba a la modernidad, una raigal necesidad de combatir por un mundo más justo, hacían de María Teresa una luchadora resueltamente contemporánea y una mujer cidiana a la vez, tanto, que en alguna ocasión me he atrevido a parafrasear el título de su biografía *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*⁷, para calificarla a ella misma como “nuestra señora de todos los deberes”. Porque eso fue, y mucho más, la joven que con muy pocos años, en la austera ciudad de provincia adivinó que escribir se convertiría en una “enfermedad incurable”, junto con el despertar de una conciencia social y política opuesta a la de la clase en que había nacido.

Tan singular era la hermosísima hija del coronel Ángel León⁸ que andando el tiempo el viento del exilio la llevaría lejos, al menos con el consuelo de hacerlo junto al hombre amado, y le daría una hija del otro lado del mar, a orillas del río más ancho del mundo, cuando estalló la paz para los desamparados de la España peregrina.

Tercer apunte

Veo la fotografía de Pablo Neruda ante el “camarada océano”, desenfocada. El regazo de mamá tiene la tibieza del pan dominical. Me aprieto contra la falda de lana suave y con un solo ojo apenas entreabierto recorro las líneas temblorosas de las olas, la gorra de marinero, la sonrisa semidormida de

⁷ *Doña Jimena Díaz de Vivar. Gran señora de todos los deberes*. Losada, Buenos Aires, 1960. Biblioteca Nueva, Madrid, 1968. Círculo de Lectores, Barcelona, 1993.

⁸ Ángel León Lores, Madrid, 1870-Barcelona, 1924.

ídolo araucano. Ricardo Neftalí Eliecer Reyes Basoalto, repito varias veces con dificultad, pues no quiero apartar la boca del cuerpo de mi madre.

Neftalí, Neftalí... qué nombre tan raro, mamá. Pues puedes preguntarle a él mismo dentro de un rato por qué antes se llamaba así y ahora se llama de otro modo.

Imágenes antiguas, naderías, cosas pequeñas aún vivas porque mi pensamiento las mantiene amarradas al presente con hilos quebradizos, tan fáciles de diluirse en cualquier imperceptible encrespamiento del río del olvido.

Pablo Neruda y Delia del Carril a contraluz en el jardín de Michoacán, su casa en el barrio de Los Guindos, en Santiago de Chile. O de espaldas, cada uno con un poncho araucano negro con dibujos geométricos blancos, cuando Pablo tuvo que huir de su país a la Argentina, perseguido por el dictador González Videla, en una difícilísima travesía a caballo a través de la Cordillera de los Andes.

–La Tata me tocó los caracoles y eso no puede ser, *confrère*.

–No los toqué–, respondo yo, que soy la Tata desde mi nacimiento.

–Usted sí los tocó, hasta cambió de lugar varios de ellos. Soy el gran mago caracolero y todo lo sé.

–Tata, Tatita, estos caracoles son rarísimos y carísimos y tú debes respetar los mandatos del mayor malacólogo austral.

–Tío Pablo tiene millones de ellos, ¿y yo no puedo escuchar el mar?

Supe muchísimo después, por Volodia Teitelboim⁹, tal vez el mejor biógrafo de Pablo, que el científico británico Julian Huxley, de visita en Chile, había solicitado entrevistarse con el autor de *Residencia en la tierra*. Siendo hermano del escritor Aldous Huxley, a nadie le sorprendió su interés por un poeta. Pero no. Julian quería conocer a Pablo Neruda, experto malacólogo, y ver su famosa colección de miles de especímenes, iniciada, por cierto, con un pequeño tritón regalo de mis padres en París, en 1939, que dejó de ser una leyenda familiar cuando lo vi en una vitrina del Museo Reina Sofía, en la exposición del Centenario.

Delia, ya sola en París, huida de la definitiva infidelidad de Pablo, me tiende un libro. Su título, *Manifestes*, Editions de la Revue Mondiale, 1925. “Te lo regalo”,

⁹ Volodia Teitelboim (Chile, 1916-2008), abogado, escritor, crítico literario, brillante político e intelectual, fue muy amigo de mis padres y, en estos últimos años, especialmente mío. Conservo grabada una entrevista que le hice en Santiago, donde evoca a María Teresa con gran admiración, especialmente en su proyección política, de escritora y mujer comprometida con la causa de la República.

dice. Es un librito rústico, amarillento. La dedicatoria: “A Delia del Carril, con el aprecio de una larga amistad. Vicente Huidobro.”

Zenobia deja un ejemplar de la edición de *Platero y yo*, de Losada, junto a mi cama. Tengo fiebre alta. Una enfermedad infantil me ha convertido en una forma doliente cuajada de manchas. Prohibido rascarse, beber agua helada, besar a la gente que, sigilosamente, como esa señora pequeña y cordial, se atreve a rozarme la frente sudorosa con la mano.

“A Aitana, su amigo Juan Ramón”. Con los años, la sobrecubierta original fue sustituida por otra dibujada por mi padre: el perfil violeta de un burrito rodeado de flores de ese mismo color. “Platero, en el cielo de Moguer”.

Tinta verde (la tinta siempre verde con la que escribió toda su vida Ricardo Neftalí Eliecer Reyes Basoalto): “Para Aitana Alberti, a quien amo desde antes de que naciera. Su tío Pablo. Agosto 1958”. Fue por mis diecisiete años. Ahora abro el libro encuadernado en rojo editado en la Argentina por Losada. Sus páginas de papel biblia conservan intacta la obra completa (hasta entonces) de quien fuera y es una presencia. Nada más y nada menos que eso: una presencia definitiva que sólo la desmemoria de la muerte podrá borrar un día.

Cuarto apunte

Las paredes estaban cubiertas de cuadros, de fotografías, de objetos arqueológicos valiosos, de graciosas artesanías populares. Por las seis ventanas, altas y estrechas –dos por cada habitación que, unidas por arcos, formaban el salón–, entraba con gran derroche de alegría el sol romano. Mamá buscaba por enésima vez su sortija de oro. Aquella diseñada por ella misma y cincelada por Belgiorno, el mejor orfebre de Buenos Aires. Las dos estrellas con corazón de brillante y perlas grises del Mar de la China, compradas en una tiendecita de Pekín, que María Teresa jamás se quitaba del dedo anular izquierdo, se habían extraviado.

Eran los comienzos de la pesadilla, pero aún no lo sabíamos. Solo ahora me doy cuenta de los subterfugios que la increíble inteligencia de María Teresa León ponía en práctica para escondernos el avance de las sombras, hasta que estas la devoraron por completo, con diabólica parsimonia, a lo largo de trece años de agonía. Nunca habíamos oído hablar de la enfermedad de Alzheimer. No fue un toque de alarma, ni un aviso tristísimo que mi abuela materna, doña Oliva, tan querida por Rafael, tuviera la “cabeza a pájaros” –según ella misma solía decir. En los años finales de su vida, durante una larga estancia en Buenos Aires, la abuela había hecho voto de pobreza y entregaba a las monjitas de un colegio vecino la magra pensión de viudedad. Lo poco que guardaba lo invertía en invitar a coñac a

los parroquianos del bar de la esquina, a quienes inspiraba un respeto profundo aquella anciana erecta y descuidada, de chispeantes ojos azules, tan encantadora y ocurrente. Su marido, el coronel Ángel León, había combatido en la guerra de Cuba, y ella, la señorita burgalesa, lo había esperado pacientemente, acumulando la lencería del ajuar de novia bajo la protección de los santos medievales invocados a diario en la catedral provinciana, con el temor constante de recibir cualquier día un sobre orlado de negro y no a la figura barbada y gentil que iba a apretarla entre sus brazos para no abandonarla jamás... Nos parecía imposible una repetición aumentada mil veces del delirio senil de la abuela, porque María Teresa León Goyri era el bastión indestructible sustentador de nuestra brevísima familia –aumentada más tarde por la llegada a la Argentina de mi hermano Gonzalo de Sebastián, hijo del primer matrimonio de mamá–, y el poeta y la niña se sentían protegidos “bajo el amor de su apretada sombra”, seguros de que aquella mujer hermosísima, de una entereza y dignidad a toda prueba, era inmortal.

Una mañana, después de mucha insistencia, finalmente apareció el fontanero encargado de desatascar el lavabo del baño. Y allí, en las profundidades de la tubería estaba la sortija.

Ella me llevó a su cuarto y con gesto distraído sacó de un estante el librito encuadernado en piel azul que yo tan bien conocía. Lo hojeó con rapidez y casi sin mirarlo me lo dio. Me estaba entregando la más importante prenda de amor que le regalara un joven poeta gaditano cuando se conocieron. Un ejemplar de la primera edición de *Marinero en tierra*¹⁰ donde papá había pegado la papeleta con el voto de Antonio Machado, perdido entre las páginas del original de *Mar y tierra*, que premiaba ese mismo libro cuyo título afortunadamente había cambiado; la cabecita de mamá, recortada de una fotografía, en la imagen dibujada con tinta china, a bordo de una barca llamada “Nuestra Señora del Amor hermoso”; y la suya propia en la silueta de un marinero flotando en un mar azul rodeado de peces ingenuos. “Naufragio y salvación de Rafael Alberti”, escribió debajo con un lápiz de cera rosa. Y ella a su vez había ido añadiendo más fotografías, testimonio de la felicidad, y otras de amigos queridos, todos conmovedoramente ajenos al derrumbe implacable del tiempo.

Después, colocó en mi dedo anular izquierdo la maravillosa sortija. “Llévate estas cosas y lo que quieras, hija mía. Dios sabe en manos de quién podrían terminar”.

¹⁰ *Marinero en tierra*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1925. Existe una primorosa edición facsimilar de este ejemplar único. Visor Libros, Madrid, 2002.

Quinto apunte

Esta mañana me levanté con la bandera tricolor en los ojos. La bandera ondeaba imperceptiblemente al fondo del Monasterio de la Victoria y mi padre era un puñado de cenizas en una pequeña urna de acero. Junto a ella otras, rojas insignias del coraje con la hoz y el martillo escondidos en entre los pliegues del corazón de tela. Estaban al final de la nave, a contraluz de la intensa claridad que entraba por el portón abierto a los aires marineros de la bahía de Cádiz. Yo las miraba destacarse airosas sobre las cabezas oscuras, compactas, de los asistentes.

—Saludo las banderas que fueron las de Rafael Alberti durante toda su vida— dije, como en sueños.

Creo recordar que casi ningún medio de información reprodujo las fervorosas palabras iniciales de mi despedida pública a quien luego tomé en brazos por última vez y conduje, protegiéndolo como a un niño, por el pasillo central hasta la salida, para depositarlo en manos de la hija de su viuda, que no había asistido al funeral¹¹.

Ayer, 29 de septiembre de 2009 —diez años después de aquel día absolutamente inimaginable—, proyecté en el Centro Cultural Dulce María Loynaz de La Habana el documental *Las cajas españolas*¹², sobre el salvamento del tesoro artístico de España durante la guerra civil. Al volver a casa, sentí que debía escuchar nuevamente el concierto *Recuperando la memoria*, realizado en 2004, en los alrededores de Madrid, por maravillosos cantautores y poetas, algunos de ellos amigos muy queridos.

Y esta mañana la bandera tricolor envuelve mi alma con sus colores gastados, de reliquia guardada en baúles viejos, como la que mamá conservaba cuidadosamente doblada en una sombrerera. Esa banderita no había acompañado a mis padres en su largo viaje al refugio de América. Alguien en Buenos Aires había cosido sus tres bandas con puntadas cuidadosas. Una mujer española, cuyo nombre no recuerdo pero sí su rostro arrugado y su fragilidad, unió el rojo de la sangre, el morado del dolor, el gualda del trigo maduro, esperanza de vida, y entregó a mis padres un país perdido, pero vivo y doliente y puro y rebelde dentro de la cárcel de su cofre.

¹¹ Mi padre falleció en Ora Marítima, su casa en El Puerto de Santa María, en la madrugada del 28 de octubre de 1999, y fue incinerado. Se supone que en algún momento, que nunca se me comunicó, sus cenizas fueron esparcidas en la Bahía de Cádiz. La ceremonia civil a la que me refiero fue una organizada por el ayuntamiento de su pueblo natal. Durante la dictadura, el Monasterio de la Victoria formaba parte del penal de El Puerto.

¹² *Las cajas españolas*. Guión y dirección: Alberto Porlan. Madrid, 2004. (90 min.).

Es curioso el mecanismo del recuerdo –mamá habló mucho de ello en *Memoria de la melancolía*– tan elusivo, desordenado, impredecible, a menudo patético e incontrolable.

Mi memoria es un sorprendente pozo de luces y de sombras, de desesperación y chispazos felices. En ella habitan mis vivos y mis muertos; el dulce calorcillo de la piel de mis hijas; la enmarañada cabeza de mi madre y la indestructible sensación de seguridad que me daba su abrazo; los perros que nos creían inmortales; las ciudades acogedoras o terribles; los libros leídos y olvidados; los mezclados otoños en tantas latitudes; las playas de la infancia; la revolución sobre todas las dudas; la amistad sobre todas las cosas; la hermosa cabeza rubia de mi madre y el corazón robado de mi padre.

Las ventanas de mi cuarto, abiertas al calor invariable del trópico, son los ojos de un ser multiforme que me contiene como la corteza al fruto, sin párpados que puedan disimular el horror, fingir que no existió nunca la guerra, ni la muerte, ni el éxodo, ni el exilio lejos de la ciudad, del pueblo, de la fuente, del pozo, de la placita, del olivar o del viñedo, de la paramera o de la huerta, que se convirtieron, sin distinción de clases, en el Paraíso perdido.

Los intranquilos huesos esparcidos en las cunetas y en las fosas comunes se estremecen y gritan insomnes desde hace más de setenta años. Sus reclamos invaden la clara mañana de este día habanero.

Pienso en los restos del Che y de sus compañeros amorosamente preservados en el Memorial de Santa Clara y en el corazón de Cuba entera. Un respeto, un amor idénticos, reclaman nuestros multitudinarios muertos, ancianos difuntos después de tanto tiempo, aunque fueran niños a la hora del bombardeo o del balazo. Cadáveres amados que claman por recuperar un nombre, una familia, una lápida en el cementerio del poblado que los vio nacer, para que nunca más los habite el olvido.

Y yo sólo puedo mirar las imágenes en la pantalla mientras voces emocionadas cantan versos inmortales –en contrapunto consignas, aplausos, tremolar de banderas, de las mismas banderas– y repetir con Almudena Grandes que no debemos recordar a la segunda República como un cúmulo de casas rotas en llamas, sino como un proyecto increíblemente moderno que por un breve instante trajo a España el sabor del futuro.

Anoche soñé y recuerdo mi sueño, yo, que casi nunca los recuerdo.

Vagaba por un páramo en tinieblas. Delante de mí trotaba un perro y tras de mí resonaban duros pasos militares acompasados a un canto guerrero, que se iban acercando, indetenibles. Eché a correr. El perro cogió mi brazo con sus dientes

y me arrastró hacia un río lanzándome a las aguas. A lo lejos ardía la noche atravesada de metralla. Iluminado por el resplandor, vi a un miliciano caer de bruces en la orilla. Quise ayudarlo, pero la corriente me arrastraba sin remedio. Empujando las altas puertas, el río penetró en el Museo del Prado, me depositó en la rotonda principal y discretamente se retiró. El perro saltaba a mi alrededor, saludándome con alegres ladridos. Luego ocupó su lugar a los pies de *Las Meninas*.

Sería porque estuve relejendo *La historia tiene la palabra*¹³, de María Teresa León, “Noticia sobre el salvamento del tesoro artístico de España durante la guerra civil”, libro muy breve, en realidad: unas cuarenta páginas publicadas por primera vez en Buenos Aires, en 1944, testimonio de una gesta heroica poco conocida. Reeditado en España, en 1977, ¿cuántos lo habrán leído? ¿Cuántos lo leerán cuando se publique el año próximo, gracias a la labor monumental de recuperación de documentos de la guerra civil, emprendida por la Dirección General del Libro del Ministerio de Cultura de España? ¿Y cuántos habrán visto *Las cajas españolas*, que se remonta a 2004? Recordando la visión fantasmal de las galerías del Prado vacías, amenazado de destrucción por las bombas fascistas, mi padre escribió la obra de teatro *Noche de guerra en el Museo del Prado*¹⁴. Mi madre, por su parte, consigna con rigor testimonial la labor ejemplar de la Alianza de Intelectuales Antifascistas y de los soldados del Quinto Regimiento, que transportaron hacia la seguridad de Valencia, amparado por su firma y por la del director del Museo, un número considerable de obras maestras de la pintura universal, entre las que se encontraba, precisamente, *Las Meninas* de Velázquez.

Recuerdo la húmeda mirada de mamá al relatarme esta historia y otras no menos apasionantes, ocurridas en el país prohibido, del otro lado del océano. En mi infantil inocencia, las consideraba algo así como pasajes de una novela de caballería en la que el héroe se llamaba Pueblo y luchaba denodadamente contra molinos de viento y magos malvados que le lanzaban bombas y lo ametrallaban a mansalva. A tal visión novelesca contribuían las canciones, a menudo graciosas y hasta pícaras que ambos me cantaban y yo aprendí rápidamente para no olvidarlas jamás:

En un chozo de la sierra,
está el batallón alpino;

¹³ *La historia tiene la palabra. (Noticia sobre el salvamento del tesoro artístico)*. Patronato Hispano-Argentino de Cultura, Buenos Aires, 1944. Hispamerca, Madrid, 1977. Endymion, Madrid, 2009.

¹⁴ *Noche de guerra en el museo del Prado*. Losange, Buenos Aires, 1956. Edicusa (Colección Libros de Teatro), Madrid, 1957. En *Teatro II*. Losada, Buenos Aires, 1964. Cuadernos Para el Diálogo, 1975. En *El poeta en la calle*, Aguilar, Madrid, 1978. Alfar, Sevilla, 1991.

está el batallón alpino;
donde a la hora de comer,
todos se tocan el
pi pi pi pi

O esta otra, que no resisto en reproducir completa, como hizo mamá en *Memoria de la melancolía*. Se cantaba –si mal no recuerdo– con la música de *Joven Guardia*:

Estamos hasta los c...
de tanto comer bacalao,
pero lo comemos con gusto,
porque Stalin nos lo ha mandao.
Nuestro canto rebelde será
que menos lentejas
y vengan tajás;
por la senda que va al comedor
hasta el bistec redentor;
que un mundo nuevo ha de nacer
con el cuchillo y tenedor,
con el cuchillo y tenedor.

Mamá supone en su libro: “que a nuestros hijos esta canción apenas les hará sonreír...” No fue así en absoluto. Recuerdo haber cantado a voz en cuello en el parque de Palermo, esta y otras canciones de la guerra, con mis amigas y reírnos hasta las lágrimas de la sorpresa, e incluso indignación, que a veces causábamos en los desprevenidos paseantes.

Es verdad que cada uno de los exiliados, asiduos visitantes de nuestra casa en la calle Las Heras, contaba su propia guerra personalísima, y es verdad también que han pasado setenta y tres años desde su comienzo y pudiera resultar asombrosamente cierto que aún no haya terminado. No lo hará hasta que la memoria histórica sea amparada por una férrea voluntad política, instrumento imprescindible para abrir fosas comunes y archivos ignorados, y que los nombres de los héroes, hasta ahora anónimos, resplandezcan en calles, plazas y monumentos. Sólo así por fin dejaremos atrás los españoles, aunque sea muy tardíamente, el doloroso lamento de Miguel de Cervantes en los Baños de Argel:

¡Cuán cara eres de haber!
¡Oh dulce España!